

EDICIÓN
35

Diciembre / 2018

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES



Jesús el Carpintero

SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES — JUEVES — DOMINGOS

7:00 PM

7:00 PM

10:00 AM



Editorial

Un día saliendo el Señor, se encontró con grandes multitudes que le seguían y tomando una barca se sentó sobre ella para enseñarles. Se decía de Jesús, que cuando Él enseñaba no lo hacía como los escribas o los fariseos, sino que lo hacía como uno que tiene autoridad (Mateo 7:29). Cuando Jesús hablaba, lo hacía con la convicción de que todo lo que decía, lo había recibido del Padre y esta diferencia era notoria entre la enseñanza religiosa de aquellos hombres y la enseñanza de Cristo que nos guía a la libertad de los hijos de Dios.

Jesús enseñaba por medio de parábolas, sus discípulos le preguntaron la razón por la cual Él les hablaba a las multitudes de esa manera y Él les dijo: Porque a vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no se les ha concedido. Porque a cualquiera que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia; pero a cualquiera que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. A ellos les dijo: Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen. Porque en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron (Mateo 13:11-16).

Un día Jesús regresó a Nazaret, su pueblo y les enseñaba en su sinagoga, todos se maravillaban de la manera que Él enseñaba y decían:

¿Dónde obtuvo éste esta sabiduría y estos poderes milagrosos? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿Dónde, pues, obtuvo éste todas estas cosas? (Mateo 13:53-58). Como podemos ver, a Jesús lo conocían como el hijo del carpintero, en griego la palabra que se usa es tektōn, que es un término común para artesano, en particular carpintero, albañil, constructor o maestro. Los hombres del tiempo de Jesús, no comprendían que un artesano tuviera la sabiduría que salía de la boca de nuestro Señor, para nosotros por el contrario es comprensible que esto sucediera, ya que el Padre y el Hijo son uno; el Señor dijo: Porque yo no he hablado por mi propia cuenta, sino que el Padre mismo que me ha enviado, me ha dado mandamiento sobre lo que he de decir y lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna; por eso lo que hablo, lo hablo tal como el Padre me lo ha dicho (Juan 12:49-50).

En esta oportunidad, veremos algunas de las cosas hechas de madera que se relacionan directamente con la vida de nuestro Salvador, tales como, el pesebre en que nació, la barca en la enseñó a las multitudes, la mesa en la que se sentó a comer con sus discípulos y sus enemigos, la corona de espinas que pusieron sobre su cabeza y la cruz en la que dio su vida por la humanidad.



Director General

Pastor Pedro Legrand

Pastor Pedro Legrand
Jonatan Aguilar

Redacción y corrección de estilo

Pastor Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Jorge Vasquez

Reina Solis

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com



El Pesebre

En Ur de los caldeos vivía un hombre al que Dios llamó Abraham, su amigo, a quien el Señor le dijo que saliera de su casa y su parentela; y tomó consigo a su mujer Sara y a su sobrino Lot, así como todas las posesiones que había acumulado en aquella tierra. Abraham llegó a ser muy rico en ganado, plata y oro; hizo sus jornadas desde el Neguev hasta Betel, viviendo en tiendas (Génesis 12,13). El Señor le prometió a Abraham que sería padre de multitudes y que su descendencia sería como las estrellas del cielo. También le prometió que le daría un hijo y en el tiempo acordado, Sara su mujer dio a luz a Isaac, quien fue padre de Esaú y Jacob; este último llegó a tener dos campamentos y mucho ganado, el Señor reveló a Jacob qué debía hacer para que sus ovejas se multiplicaran y fueran fuertes y robustas (Génesis 30), también el Señor le dio doce hijos, entre ellos estaba José, quien llegó a ser el segundo al mando en Egipto, teniendo por encima solo a Faraón.

Al rey de Egipto le fue revelado en sueños que vendría una sequía de siete años, tiempo en el cual José se convirtió en administrador de toda la nación. En el tiempo de la sequía sus hermanos descendieron a Egipto para comprar semilla, pero cuando se mostró a ellos como José, estos le pidieron perdón. Después de lo sucedido José mandó a llamar a su padre y todo su campamento; y así el pueblo de Israel vivió en tierra de Egipto durante cuatrocientos años, tiempo en el cual fueron sometidos a un yugo de esclavitud. El Señor escuchó el clamor de su pueblo y levantó a Moisés, quien había huido de Egipto por haber asesinado a uno de los capataces que golpeaba a uno de los hebreos. Moisés se encontraba apacentando las ovejas de su suegro Jetro, cuando vio una zarza ardiendo que no se consumía, desde donde el Señor le habló para levantarlo como libertador de Israel. Es interesante notar en la historia del pueblo hebreo, que se dedicaban a apacentar ganado y por ser pastores eran abominación para los egipcios; aun así, fueron puestos para pastorear el ganado de Faraón (Génesis 46:34-47:6). Esto nos enseña que no cualquiera puede tener a su cargo el cuidado de las ovejas; pues deben ser protectores y guías de su rebaño. Es necesario el cuidado del rebaño en su salud, en el agua, el alimento, el aire, el cobijo y el entorno; en algunas ocasiones, los pastores se valen de perros que les ayudan a cuidar, guiar y controlar el rebaño. Cuando son esquiladas las

ovejas o están en etapa de crianza, se debe tener el cuidado si el clima es muy frío, que las ovejas estén cobijadas en un establo, en que debe haber agua y un lugar con alimento, el cual es llamado pesebre. Es por esta razón que relacionamos el pesebre con el ministerio del pastor. Aconteció que hubo un varón llamado José, descendiente de David, que estaba en Galilea de Nazaret y debía ir a Belén de Judá, pues se realizó un censo para toda Judea; con él iba su esposa María, que había concebido por obra del Espíritu Santo (Mateo 1:18). Cuando ellos se encontraban aun en Belén, se cumplieron los días del alumbramiento, sin embargo, al ser una temporada donde muchos peregrinaban, no pudieron encontrar un lugar donde reposar, pues no había lugar para ellos en el mesón, por lo que decidieron buscar un lugar en el establo; donde María dio a luz un niño junto a los animales, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre (Lucas 2:1-7). Cuando observamos cómo es que nuestro Señor nació, no hubo quien lo recibiera bajo su techo, pues vino como raíz en tierra seca, sin hermosura o atractivo para que le deseáramos (Isaías 53:2). Por amor a cada uno de nosotros Él se empobreció, para que así, todos llegásemos a ser ricos (2 Corintios 8:9).

En la misma región donde se encontraban, había pastores cuidando sus rebaños durante las vigilias de la noche y se les presentó un ángel que les dijo: he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo; porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor, (Juan 2:11). Cuando el ángel les terminó de hablar, apareció una multitud que alababa a Dios y decía: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz entre los hombres en quienes Él se complace (Juan 2:14). Aquellos hombres se apresuraron a ir y encontraron a José y María con el niño en el pesebre; al verlo, contaron todo lo que se les había dicho acerca del niño y quienes los oyeron se maravillaron. Los pastores de aquella región, vieron a quien apacentaría a sus almas, pues ellos al estar en el campo (el mundo), eran como ovejas descarriadas, al ir y buscar al niño en el pesebre volvieron al Pastor y Guardián de sus almas (1 Pedro 2:25). También se le llama pesebre al lugar donde se guardan los animales, cuando

Cristo alababa al Padre dijo: Venid a mí, todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar... y hallareis descanso para vuestras almas (Mateo 11:26-29). Por lo tanto, si deseamos descanso y refugio, debemos hacer como dice el salmista: Reconozcan que Él es Dios; Él nos hizo y somos suyos. Nosotros somos su pueblo: ¡Él es nuestro pastor y nosotros somos su rebaño! (TLA Salmo 100:3). Debemos agradecerle y entrar por la puerta que es Jesucristo, pues no solo nos salvará, sino que nos dará alimento, pues Él dijo: Yo soy la puerta, si alguno entra por mí, será salvo; y entrará y saldrá y hallará pasto (Juan 10:9).

Cristo nos enseñó la labor de un pastor, pues tuvo compasión de las multitudes y las alimentó; también nos enseñó que Él es el buen pastor, que conoce a cada oveja y ellas a Él, sus ovejas oyen su voz y le siguen (Juan 10:27). La Biblia nos relata, que cuando David se presentó delante de Saúl para pelear en contra de Goliat, Saúl lo quiso persuadir para que no saliera a la batalla, mas el valiente David respondió diciendo: Tu siervo apacentaba las ovejas de su padre y cuando un león o un oso venía y se llevaba un cordero del rebaño, yo salía tras él, lo atacaba y lo rescataba de su boca; y cuando se levantaba contra mí, lo tomaba por la quijada, lo hería y lo mataba. Tu siervo ha matado tanto al león como al oso; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha desafiado a los escuadrones del Dios viviente (1 Samuel 17:34-36). De la misma manera el Señor Jesucristo dice que el buen pastor da su vida por las ovejas, pero el que trabaja por un salario y no es pastor, no es el pastor ni el dueño de las ovejas, ve venir al lobo, las abandona y huye; y el lobo las arrebató y las dispersa. Cuando salía de Mileto, El apóstol Pablo advirtió, que luego de su partida vendrían lobos feroces, que no perdonarían al rebaño (Hechos 20:29).

Es por esta razón que necesitamos pastores que amen a Dios y al rebaño, como dijo Jeremías: y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia, Jeremías 3:15.

La Barca

Según los registros históricos más antiguos, 10,000 años a. C. el hombre comenzó a usar troncos tallados como medio de transporte sobre el agua. Los datos nos dicen que los primeros en hacer uso de este recurso, fueron las tribus residentes de las playas sur-centrales de Chile, se establecieron como pueblos sedentarios a la orilla del mar, ya que en sus playas se encontraba una gran cantidad de alimento. Pero siendo insuficiente, estos hombres comenzaron a fabricar y a usar botes o barcas para la pesca, ya que el mar contaba dentro de sus aguas con una fuente inagotable de alimentos. En el viejo continente, en las costas del mar mediterráneo, no se tiene registro exacto de cuándo se comenzó con esta práctica, pero se conoce que la costa perteneciente al pueblo de Israel, no era de más de 53 kilómetros aproximadamente, ya que en la actualidad el nivel del mar ha subido considerablemente y no es posible verificar exactamente su extensión, pues muchos de los poblados adyacentes al mar, fueron socavados por las aguas y hundidos en ellas.

En la época del Señor Jesús, era común ver a las personas comprar el pescado de mano de los gentiles, en el lugar mencionado por el profeta Nehemías, la puerta del pescado (Nehemías 3:3); esto debido a que el poco diámetro de sus costas, no llenaba la gran cantidad necesaria para el consumo de su pueblo. En ese momento el mar de Galilea se convirtió en el lugar donde la mayoría de judíos compraba su pescado. En el mar de Galilea se encontró el Señor con dos hombres, aquellos eran Simón, llamado Pedro y Andrés su hermano, quienes echaban una red al mar, porque eran pescadores. El Señor les dijo: Seguidme y yo os haré pescadores de hombres. Al instante aquellos varones dejando las redes, le siguieron. Posteriormente encontró otros dos hermanos, Jacobo y su hermano Juan, hijos de Zebedeo, quienes trabajaban en la barca de su padre, remendando sus redes y también los llamó. Y dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron. Como podemos ver, el Señor empezó su ministerio terrenal en el área

del lago de Genesaret, para que se cumpliera lo dicho por Isaías: ¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo asentado en tinieblas vio una gran luz, y a los que vivían en región y sombra de muerte, una luz les resplandeció (Mateo 4:14-22). Un día la multitud se agolpaba sobre Jesús para escuchar la Palabra de Dios y estando junto al lago de Genesaret, vio dos barcas y subiendo a una, que era de Simón, pidió que se separara de tierra un poco; y sentándose, enseñaba a las multitudes desde la barca. Cuando terminó su mensaje dijo a Simón: Sal a la parte más profunda y echad vuestras redes para pescar. Y cuando lo hicieron, encerraron una gran cantidad de peces, de modo que sus redes se rompían; entonces hicieron señas a sus compañeros que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarlos. Y vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían (Lucas 5:1-7). El Señor usaba la barca como un pulpito para compartir con las multitudes la Palabra de Dios; y para que sus discípulos vieran su gloria, hizo el milagro de la multiplicación de los peces.

Esto nos enseña proféticamente, que vendría un tiempo en que el ministerio del evangelista, llegaría a las multitudes y que sería tan grande la pesca, que se necesitarían muchos pescadores para recoger tan grande cantidad de personas. Jesús recorría las ciudades y aldeas enseñando y proclamando el evangelio del reino, sanando toda enfermedad y dolencia, cuando vio las multitudes se compadeció de ellas, porque estaban angustiadas y abatidas como ovejas sin pastor; entonces les dijo a sus discípulos: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Por tanto, rogad al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Mateo 9:35-38). En este último tiempo veremos una gran cosecha de almas venir al Señor, por lo que necesitamos construir una barca, para que todos entren a ella como en el tiempo de Noé, cuando se edificó un arca en la que se salvaron ocho personas (Génesis 6,7). Un día luego de haber predicado a las multitudes, Jesús se compadeció de ellas

porque no tenían que comer y preguntó a sus discípulos si tenían algo que darles. Ellos le respondieron que tenían cinco panes y dos peces, el Señor los tomó, los dio a sus discípulos para que los repartieran y con ellos dio de comer a más de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Al despedir a la gente, subió al monte a orar y dijo a sus discípulos que subieran a la barca y se adelantaran, pero cuando estaban a mucha distancia de tierra, fueron azotados por las olas, porque el viento les era contrario. Todavía estaba oscuro, cuando Jesús se acercó a la barca caminado sobre el agua. Cuando lo vieron sus discípulos pensaron que era un fantasma, mas Jesús les dijo: ¡Cálmense! ¡Soy yo! ¡No tengan miedo! Entonces Pedro dijo: Señor, si realmente eres Tú, ordena que yo camine también sobre el agua y vaya hasta donde Tú estás. Pedro bajando de la barca caminó sobre el agua y fue hacia Él, pero al ver la fuerza del viento tuvo miedo y empezó a hundirse, y clamó diciendo: ¡Señor, sálvame! Jesús extendiendo su brazo, tomó a Pedro y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Y subiendo a la barca, el viento cesó y todos se arrodillaron ante Jesús y le dijeron: ¡En verdad, tú eres el Hijo de Dios! (Mateo 14).

Este extraordinario pasaje de las Escrituras, nos muestra a un Cristo misericordioso pero lleno de poder para ayudar a los suyos. El Señor probó la confianza en Él, de sus discípulos al enviarlos solos en la barca. Esto nos pasa muchas veces a nosotros, cuando nos encontramos en medio de la tormenta, Él nos recuerda que hay un lugar en el que nos podemos sentir seguros, en la barca estaremos protegidos. Luego de la crucifixión del Señor, los discípulos decidieron ir al mar de Tiberias para retomar su profesión de pescadores, pasaron toda la noche pescando, pero no pescaron nada. En la madrugada Jesús estaba de pie a la orilla del lago, pero los discípulos no sabían que era Él. El Señor les dijo: Echen la red por el lado derecho de la barca y pescarán algo. Los discípulos obedecieron y después no podían sacar la red del agua, pues eran muchos los pescados. Vemos acá que el mensaje del evangelio es el mismo de ayer, de hoy y de siempre. Como dijo el Señor Jesucristo: Vayan por todas las naciones del mundo y anuncien las buenas noticias (Marcos 16:15-18).

La Mesa

Según narran los jeroglíficos encontrados en las tumbas de los reyes o faraones, la mesa tuvo su origen, casi 3,000 a. C. en la tierra de los egipcios, donde comenzó siendo un cubo, donde los faraones se apoyaban para descansar las piernas o en algunos casos ellos comían sobre estos cubos. Desde la época de los egipcios hasta la fecha, la mesa sufrió muchos cambios, siempre se buscó una superficie que estuviera levantada del nivel del suelo, paso de ser un cubo a una tabla con cuatro patas, a la cual se le agregaron otros accesorios como las sillas. Como vemos, la mesa ha jugado un papel importante en nuestras vidas y sin lugar a dudas el Señor Jesucristo tuvo contacto con este mueble y aún más, Él preparó una mesa que es de vital importancia para nuestras vidas, como veremos más adelante.

Según narra la Escritura, la primera mesa con la que el Señor tuvo contacto, es la mesa en las bodas de Caná, comprendemos que, si fue invitado a una boda, debieron darle a Él y a sus discípulos un lugar en el cual acomodarse, es decir una mesa, aunque las mesas de medio oriente, no son como las nuestras. Estas mesas son de patas cortas, por lo que las personas a la mesa se sientan en almohadones. En una ocasión el Señor habló sobre la forma en la que se debe tomar lugar a la mesa, por medio de una parábola, cuando Él dijo: Cuando te inviten a un banquete, no vayas y tomes uno de los primeros lugares. No sea que quien te invitó, haya traído a otro más distinguido que tú y te quite el lugar para dárselo a él y te avergüence delante de todos. Más bien busca los últimos lugares, para que cuando el que te hizo la invitación te vea, te honre delante de todos sus invitados, sentándote en el mejor lugar (Lucas 14:7-15).

María su madre se acercó a Él para pedirle que hiciera algo, pues el vino se había terminado. A lo que Jesús replicó: Madre, ese no es asunto nuestro. Aún no ha llegado el momento de que yo les diga quién soy. Pero María les dijo a los sirvientes, hagan lo que Él les diga; y siendo obediente Jesús, habló a los siervos de aquel lugar, para que tomaran las seis vasijas de piedra que tenían para la purificación y las llenaran de agua. Después de llenarlas, Jesús las envió al maestresala, para que probara aquella agua que se había convertido en vino; ya sabemos lo que sucedió y la felicitación que fue dada al novio por tan buen vino

(Juan 2:1-11). Como podemos ver, primero fueron llenas las vasijas con el agua, que es figura de la palabra de Dios, como dice el apóstol Pablo: para santificarla (a la iglesia), habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra (Efesios 5:26) esta se convirtió en vino. El número seis en las vasijas representa la humanidad; y la piedra la dureza del corazón del hombre, pero cabe notar que aquellas vasijas eran para purificación y es que cuando recibimos al Señor en nuestro corazón, lo primero en venir a nosotros es el agua de la Palabra (Cristo, el Verbo), como dice la Escritura: La fe viene por el oír; y el oír por la palabra de Dios (Romanos 10:17). Y cuando el agua está dentro de nosotros, la Sangre del Cordero se hará manifiesta en nuestra vida para purificarnos y santificarnos. La mesa en las bodas de Caná, es el alfa, es decir el principio del ministerio terrenal del Señor y de la consumación del plan de salvación para la humanidad.

Después de sanar a un paralítico en Capernaún, el Señor Jesús cruzó el lago de Genesaret y al llegar al otro lado, puso su mirada en un hombre llamado Leví; este era el nombre original de Mateo, el hijo de Alfeo, quien se convertiría en uno de los apóstoles del Señor. Este hombre se encontraba en la mesa de recaudación de impuestos cuando el Señor le dijo, sígueme. Aquel hombre dejó todo lo que estaba haciendo sin dudar y al llegar a su casa, Jesús se sentó a la mesa y junto a Él, muchos recaudadores de impuestos y pecadores, por supuesto esto causó en los fariseos y en los escribas un gran revuelo, pues decían en su corazón ¿Quién es este que se sienta con pecadores? El Señor entonces les respondió, pues conocía sus pensamientos: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Mateo 9:9-17; Marcos 2:14-22; Lucas 5:5-39). En esta mesa vemos la gran misericordia del Señor a nuestra vida, pues Él ha preparado un lugar de encuentro, para que por medio de la enseñanza de la palabra de Dios, primero: reconozcamos que somos pecadores y que por nuestros pecados fuimos destitui-

dos de la gloria de Dios (Romanos 3:23); segundo: que el Señor no vino por justos, es decir, no tenemos excusas para acercarnos a su presencia para buscar el perdón y la restauración de nuestras vidas y corazones, ya lo dice la Palabra: Para ti, la mejor ofrenda es la humildad. Tú, mi Dios, no desprecias a quien con sinceridad se humilla y se arrepiente (BLS Salmo 51:17). Y es por estas razones que vinculamos la mesa, con el ministerio del maestro, quien por medio de la enseñanza nos lleva a conocer el corazón del Señor y su buena, agradable y perfecta voluntad (Romanos 12:2).

El Señor habló a Moisés y Aarón, sobre un nuevo tiempo que Él establecería para los hebreos, un nuevo principio de año. El día diez, cada uno debía tomar un cordero para cada casa y lo debían de comer en familia y si la familia fuera muy pequeña, lo tenían que compartir con el vecino. El cordero debía de ser un macho sin defecto de un año, este cordero debía de guardarse hasta el catorce del mes y entonces toda la asamblea de Israel lo mataría al anochecer. También dijo que debían tomar parte de la sangre y ponerla en los dos postes y el dintel de las casas; y la sangre sería una señal en las casas, porque esa noche el Señor pasaría por toda la tierra de Egipto y heriría a todo primogénito, mas en las casas donde estuviera la sangre, el Señor pasaría por alto esa casa. Dios les dijo que la pascua sería una ordenanza perpetua, por todas sus generaciones (Éxodo 12).

La Palabra nos relata, que llegado el día en que debía sacrificarse el cordero de la pascua, Jesús envió a Pedro y Juan a prepararla, en el camino encontraron a un hombre que llevaba un cántaro de agua, quien los condujo a la casa donde el Maestro la celebraría. Era un gran aposento alto. Él dijo: Intensamente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer... pues la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios. Esto nos muestra que viene el día, en que el Señor preparará mesa para todos sus escogidos; y nos sentaremos con Él, en el reino eterno.

La Corona de Espinas

Según los escritos y relatos antiguos, las civilizaciones eran comandadas por un hombre que llenara las expectativas del pueblo, a este se le conocía como príncipe, caudillo o rey. Este era el encargado de gobernar, administrar la riqueza, garantizar la paz y pelear por la seguridad de su pueblo. La historia universal nos relata que en la antigua Babilonia, una de las primeras civilizaciones, proclamaron a Nimrod como el primer rey conocido, asimismo en la Biblia se menciona que Nimrod llegó a ser poderoso en la tierra (Génesis 10:8).

De allí en adelante la humanidad ha reconocido el liderazgo de hombres que han gobernado sobre ellos, en todas las culturas del mundo desde los faraones, hasta los mongoles, desde los europeos, hasta los reinos prehispánicos en América. El Señor escogió a un hombre de Ur de los caldeos para hacerse un pueblo especial para Él, ellos fueron gobernados directamente por Dios, por medio de los patriarcas y los príncipes de las doce tribus. Posteriormente el Señor les dio Jueces, los cuales cada vez que Israel era asediado por sus enemigos, aquellos los defendían con el poder de Dios; dentro de estos podemos citar a Otoniel, Gedeón y Sansón. En esos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía bien ante sus ojos (Jueces 21:25).

El último de los Jueces y primero de los profetas de Israel, es Samuel, quien cuando era ya viejo, puso a sus hijos como Jueces sobre Israel, pero ellos no anduvieron por sus caminos, sino que se desviaron tras ganancias deshonestas, aceptaron sobornos y pervirtieron el derecho, por lo que los ancianos de Israel se reunieron y fueron a Samuel a Ramá, para que les diera un Rey que los juzgara como a todas las naciones. Aunque esto fue desagradable a los ojos de Samuel, Dios le dijo que escuchara al pueblo y así fue como el Señor le mostró que el rey de Israel sería Saúl, benjaminita hijo de Cis (1 Samuel 8). Cuando se presentó Saúl delante del profeta, Samuel tomó la redoma de

aceite y la derramó sobre la cabeza de Saúl, ungiéndolo el Señor por príncipe sobre su heredad. Como podemos ver en este pasaje, la corona del rey Saúl, fue la corona Shémen (H8081 aceite, bálsamo, fama, óleo, perfume, unción) o corona de aceite. Pasado un tiempo el Señor hablo a Saúl por medio del profeta Samuel y le dio orden de destruir por completo a Amalec, pero Saúl desobedeció al Señor y perdonó lo mejor del anatema para presentarlo al Señor, por lo que Dios habló a Samuel para quitarle el reino a Saúl (1 Samuel 15); de esta cuenta, David el menor de los hijos de Isaí, un hombre pequeño, pastor de ovejas, conforme al corazón del Señor, fue escogido por Dios para reinar en lugar de Saúl. En el nombramiento de David como príncipe de Israel, Samuel tomó en sus manos un cuerno lleno de aceite que había preparado el día anterior, por palabra del Señor.

David recibió la corona Shémen como Saúl, pero en este caso el elemento usado para la unción, era un cuerno hecho no por manos humanas, es decir que el llamamiento de David no era humano, sino de parte de Dios. David obedeció a Dios en todas las cosas y llegó a desear en su corazón preparar una casa para el Señor, por lo que el Señor dijo a David por medio del profeta Natán: Cuando tus días se cumplan y reposes con tus padres, levantaré a tu descendiente después de ti, el cual saldrá de tus entrañas, y estableceré Su reino. Él edificará casa a Mi nombre y Yo estableceré el trono de su reino para siempre (2 Samuel 7:12-15). Pasaron los siglos y el cumplimiento de aquella palabra vino a hacerse viva, en aquel que se convirtió en nuestro salvador y redentor, el Señor Jesucristo. Los evangelios nos relatan el nacimiento de Jesús en Belén, en un pesebre rodeado de animales; en aquel tiempo vinieron de oriente hombres sabios, para adorar al rey de los judíos y trajeron al niño ofrenda de oro, incienso y mirra. Cabe notar que aquellos hombres reconocían que Jesús era el rey de los judíos, aunque no tenía corona alguna. Tiempo después Juan el bautista estaba en el río Jordán, donde predica-

ba del arrepentimiento a todos los que se acercaban para escuchar, incluidos los fariseos y saduceos, a los que les dijo: ¡Camada de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira que vendrá?... Cuando Juan hablaba, de repente delante de él apareció Jesús, quien venía de Galilea para ser bautizado por Juan, pero Juan le dijo al Señor: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le hablo diciéndole: Permítelo ahora; porque es conveniente que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan se lo permitió. Cuando Jesús salió de las aguas, se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo en forma de paloma, posándose sobre Él y se escuchó una voz desde el cielo que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido (Mateo 3:16).

Notemos la importancia de este momento, a Saúl lo ungen con una vasija de barro (humanidad), pues era llamado por los hombres; a David con un cuerno, porque su llamamiento vino de la voluntad de Dios; pero al Señor el que lo unge es el Padre directamente, por medio de la unción del Espíritu Santo que descendió sobre Él, pues Jesús no tuvo su deidad como algo a que aferrarse (Filipenses 2:6-8), esta es la primera corona que el Señor recibe, la corona pneúma (G4151 aliento, espíritu, espiritual, viento) y con ella la autoridad de hacer milagros y portentos de parte de Dios su Padre. Durante su ministerio terrenal, el Señor se vio confrontado por muchos que deseaban saber si Él era el Cristo, el que habría de venir para salvar a Israel y para gobernarlo; pero solo a unos pocos les fue revelada su verdadera identidad. Cuando fue entregado por Judas, los soldados romanos golpearon, escupieron, se burlaron y colocaron una corona de espinas sobre la cabeza del Señor, con la cual lo declaraban el rey de los judíos.

En esa corona se encuentra una de las verdades más profundas y poderosas para nosotros y es que recordemos que al hombre se le dijo que la tierra sería maldita por su causa y que de ella brotarían cardos y espinas... lo que nos lleva a saber que el Señor cargó con la maldición que Adán puso sobre nosotros después de la caída (Génesis 3:16-18), pues del polvo de la tierra fuimos formados y esa maldición cayó sobre nosotros (Génesis 2:7). Y para terminar, esta corona de espinas es la figura del ministerio apostólico, que establece el reino de Dios en la tierra, que gobierna en nuestros corazones y que se perfeccionará cuando regrese a nosotros el Rey de reyes y Señor de señores y traiga con Él su galardón (Apocalipsis 22:12).

La Cruz

La palabra griega *stauros* que significa madero o palo vertical, que se tradujo a nuestro idioma como cruz, se convirtió en uno de los símbolos más reconocidos de la humanidad. No siempre fue usada dentro de la iconografía cristiana, ya que, durante los primeros tres siglos del cristianismo, debido a la brutal persecución de los discípulos y con el propósito de mantenerse en el anonimato, se identificaban por medio de códigos secretos, siendo uno de ellos el *Ichthys* o *Ichthus*, palabra que en griego antiguo significa pez. No es sino hasta que según la leyenda, Helena de Constantinopla, madre del emperador Constantino, encontró en el año 326 d.C. en el monte Calvario la Vera cruz o cruz de Cristo, tomando un nuevo significado para los cristianos. Según datos históricos, la cruz se remonta a épocas anteriores al cristianismo, fue usada por los babilonios, sirios, persas, asirios y cartagineses; ya los egipcios tenían el ANK o cruz del Nilo y la TAU en forma de "T". Se hacían cruces en forma de "X" y de "Y" aunque la forma más conocida es la cruz en forma de "te", debido a que sobre la cabeza del reo, se acostumbraba a colocar un rótulo con la causa de su condena.

Se dice que cuando el emperador Tito tomó Jerusalén, se crucificó a tantos que la madera se hizo insuficiente. De la misma forma cuando los españoles llegaron a América, se encontraron con que los indígenas de diferentes regiones, adoraban un árbol en forma de cruz. La cruz fue considerada siempre como un símbolo de tortura. En la cruz en forma de T, se colgaban de los brazos a los delincuentes hasta que morían de hambre y sed. Los romanos acostumbraban clavar de los antebrazos a los crucificados, para que no se pudieran bajar, algunos atravesaban un pedazo de madera que servía como asiento o por plataforma para apoyar los pies. Con el fin de acelerar el proceso de muerte, golpeaban con el látigo a los condenados, hasta que se desangraban y les hacían cargar la cruz o la viga horizontal hasta el sitio de ejecución; algunas veces sufrían tanto que morían en el trayecto. En Grecia como en Roma eran reos de muerte por crucifixión, los convictos por delitos de la más alta gravedad. En la Biblia se menciona que, si un hombre cometía un pecado digno de muerte y se le daba muerte colgándolo de un árbol, su cuerpo no debía permanecer colgado toda la noche, sino que debía enterrarse el mismo día, para que no se contaminara la tierra (Deuteronomio 21:22,23). En la Biblia se profetizó la forma en que debía morir el mesías, como podemos ver en

los Salmos 18 y 22 donde David dice: ... Los lazos de la muerte me cercaron, los lazos del Seol me rodearon... En mi angustia invoqué al Señor. Entonces la tierra se estremeció y tembló; los cimientos de los montes temblaron y fueron sacudidos, porque Él se indignó. Muchos toros me han rodeado; toros fuertes de Basán me han cercado... Soy derramado como agua y todos mis huesos están descoyuntados; mi corazón es como cera; se derrite en medio de mis entrañas. Como un tiesto se ha secado mi vigor y la lengua se me pega al paladar y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malhechores; me horadaron las manos y los pies. Puedo contar todos mis huesos. Ellos me miran, me observan; reparten mis vestidos entre sí y sobre mi ropa echan suertes.

Isaías también dijo: Ciertamente Él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores; con todo, nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y afligido. Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades. Él castigo, por nuestra paz, cayó sobre Él y por sus heridas hemos sido sanados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, nos apartamos cada cual por su camino; pero el Señor hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros. Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; como cordero que es llevado al matadero y como oveja que ante sus trasquiladores permanece muda, no abrió Él su boca, (Isaías 53:4-7). También Juan el Bautista cuando vio venir al Señor dijo: He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Mateo 1:29).

Se refería al Señor como el sacrificio expiatorio, que el Padre se presentaría a sí mismo por los pecados de la humanidad; prefigurado ya en la petición de Dios a Abraham para sacrificar a Isaac en el monte Moria. El Señor se proveyó a sí mismo de un cordero pascual, Cristo (Génesis 22). Es por esta razón que relacionamos la cruz con el ministerio del profeta, pues nos habla del principio (alfa) y el fin (omega) de la humanidad, ya que todo aquel que cree en Él, tendrá vida eterna. Jesús dijo: Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre (Juan 3:14,15). Pablo también dijo que

predicaba a Cristo crucificado (1 Corintios 1:23) y escribió a los filipenses que, aunque el Señor existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, tomó forma de siervo y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo que Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor (Filipenses 2:7-11). Pilato se sentó en el tribunal en un lugar llamado el Empedrado, el día anterior a la Pascua y dijo a los judíos: He aquí vuestro Rey, mas ellos gritaban pidiendo que lo crucificaran y él, viendo que no había hecho ningún mal, lavándose las manos en señal de que era inocente de su sangre, se los entregó a aquellos hombres que insistían diciendo: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Los soldados llevaron a Jesús al Pretorio, donde lo desnudaron y le pusieron encima un manto escarlata, pusieron sobre su cabeza una corona de espinas y en su mano una caña y burlándose de Él decían: ¡Salve Rey de los judíos! Tomaron a Jesús quien cargaba su cruz, aunque obligaron a un hombre llamado Simón de Cirene para que la cargara, seguramente debido a la debilidad de Jesús a quien habían azotado cruelmente.

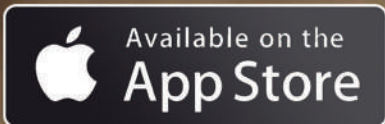
Lo llevaron al Lugar de la Calavera o Gólgota, donde lo crucificaron en medio de dos ladrones, se repartieron sus vestiduras echando suertes y Pilato escribió en un letrero que puso sobre la cruz: Jesús el Nazareno, El Rey de los judíos; en hebreo, latín y griego (Juan 19:12-21; Mateo 27:27-57). Jesús dando un fuerte grito expiró y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo. José de Arimatea, hombre prominente del concilio, pidió el cuerpo del Señor a Pilato. Al bajarlo de la cruz lo envolvieron en un lienzo de lino y lo pusieron en un sepulcro para que se cumpliera todo lo que estaba escrito acerca de Él y Dios lo levantó de entre los muertos (Marcos 15:35-46, Hechos 13:29-30). El Padre reconcilió por medio de la sangre de la cruz, todas las cosas consigo, las que están en la tierra y las que están en los cielos. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame (Mateo 16:24).

Santa Cena

10:00 am

6 de Enero 2019

17 av. 5-62 zona 1 ciudad de Guatemala



www.elfaroradio.online

Siempre acompañándote!